

BRETAÑA: DEL REGIONALISMO AL NACIONALISMO FASCISTA. RAZONES DE UN EXTRAVÍO POLÍTICO.

JOSÉ ANTONIO RUBIO CABALLERO

Doctor en Historia, Universidad de Extremadura (España)

NE

) RESUMEN (

La historia francesa ofrece un peculiar fenómeno de deslizamiento ideológico, el protagonizado por el movimiento nacionalista de Bretaña en de los años treinta, que le conduciría a consumir desde 1939 una alianza política con el régimen nazi alemán. En el siglo XIX se consuma la integración de la península de Bretaña en el estado francés, merced a las políticas de aculturación promovidas por éste. Contra ese proceso se levantaron ciertos sectores de la población bretona, organizando un movimiento regionalista y luego nacionalista, que se deslizaría cada vez más hacia el fascismo. Y aplicando el principio del nacionalismo irlandés (“England's difficulty is Ireland's opportunity”), los líderes bretones deciden pactar con el *Reich* alemán, confiando en que la aniquilación de la República francesa abriría las puertas a la creación de un Estado bretón soberano.

Palabras clave: Francia, Bretaña, fascismo, regionalismo, nacionalismo.

) ABSTRACT (

French history offers a peculiar phenomenon of ideological overturn, lead by Brittany's nationalist movement in the thirties, which would take it to consummate since 1939 a political alliance with the German nazi regime. In the nineteenth century the integration of the peninsula of Brittany in the French State was consummated, thanks to the acculturation politics it promoted. Certain sectors of the Breton population rose against this process, organizing a regionalist then nationalist movement that would come closer and closer towards fascism. Applying the principle of Irish nationalism (“England's difficulty is Ireland's opportunity”), Breton leaders decide to

form a pact with the German *Reich*, trusting that the annihilation of the French Republic would open the doors to the creation of a sovereign Breton State.

Keywords: France, Brittany, Fascism, Regionalism, Nationalism.

Uno de los fenómenos más controvertidos de la historia europea del siglo xx es el de aquellos movimientos políticos y sociales de corte autoritario o de tendencias fascistas que, a lo largo de los años treinta y cuarenta, afloraron en el interior estados democráticos. Mientras que dichos estados tuvieron que mantener un enfrentamiento, a partir de 1939, contra las denominadas “potencias del Eje”, una serie de organizaciones y partidos que actuaban dentro de esos países se mostraron favorables a los regímenes dictatoriales. En el caso concreto de Francia, dicha actitud se plasmó bien en un apoyo expreso a la Alemania nazi, o bien en una colaboración más o menos visible con ella; de modo que la fascinación por las tesis nacionalsocialistas venidas de Alemania, sumada al despecho contra los fundamentos del parlamentarismo, llevó a tales movimientos a actuar como quintacolumnistas favoreciendo la instauración, en la propia Francia, de regímenes inspirados por Berlín.

El caso del movimiento nacionalista bretón, desde 1919 hasta 1945 es paradigmático a este respecto. Dicho nacionalismo protagoniza un llamativo fenómeno de deslizamiento ideológico, que le conduciría a consumir, en el momento del estallido de la segunda guerra mundial, un particular episodio de alianza con el régimen nazi alemán. Tras haber reclamado insistentemente, pero sin éxito, el reconocimiento de Bretaña como comunidad cultural y política distinta de Francia, y tras haberse opuesto a la total centralización administrativa de la República francesa —que amenazaba con aniquilar definitivamente la personalidad histórica y cultural de Bretaña— el movimiento de afirmación nacional bretona experimenta una radicalización sin precedentes desde los años treinta. Abandonando el regionalismo tradicionalista que inspiró sus primeros pasos, la constelación de organizaciones y partidos bretonistas surgida desde los años veinte, apostó por el colaboracionismo, entendiendo que la coyuntura de ocupación alemana que se cernía sobre Francia brindaba una inmejorable oportunidad para que los históricos objetivos de que Bretaña se declarase autónoma o incluso independiente se cumplieran. Ello implicó una entente más o menos abierta bien con las autoridades del Reich, bien con el régimen títere de Pétain.

Bretaña: ¿una nación aparte?

Lo que se conoce como Bretaña equivale territorialmente a una península, la que forma la punta noroccidental de la actual Francia. Está bañada por el océano Atlántico, y se ubica al sur de las costas inglesas. El océano Atlántico es efectivamente la frontera natural de Bretaña por el norte, por el sur y por el oeste, mientras que sus límites orientales con el antiguo reino de Francia se emplazan en torno a las ciudades de Nantes y Rennes. Pueblo de labradores y marineros,

los bretones conservaron muy vivos hasta el siglo XIX las marcas de su personalidad colectiva. Bretaña, en efecto, estuvo dotada de fuertes especificidades culturales, de una identidad llena de particularismos que la diferenciaban de Francia. Particularismos que tocaban los terrenos del folclore y las tradiciones, las instituciones, el derecho y los usos y costumbres. Pero por encima de todo ello, lo que marca su diferencia es la existencia de un idioma completamente distinto del francés, la lengua bretona, de raíz céltica (y ubicada en la misma rama que el galés del País de Gales o el gaélico de Irlanda). Una lengua que hasta los inicios del siglo XX fue hablada por gran parte de la población, sobre todo la del medio rural.

También la historia de Bretaña mantiene notables diferencias con respecto a la de Francia, al menos hasta 1789. Sobre la península bretona, llamada Armórica en la antigüedad, desembarcaron diversas oleadas de poblaciones celtas, procedentes de las islas británicas (de ahí que se emplee aún hoy la misma palabra para designar a las islas británicas y al pueblo del extremo occidental de Francia). Estas poblaciones, los “bretones”, se asentaron en la península armoricana alrededor del siglo V. A lo largo del medievo, los bretones se unifican políticamente y forman un ducado independiente, objeto de los apetitos imperialistas de las monarquías francesa e inglesa. Desde 1532 el ducado bretón se incorpora a Francia, pero conserva un alto grado de autonomía legislativa, fiscal y cultural. Pero la fecha de 1789 marca un punto de no retorno en la historia bretona. En efecto, la revolución francesa iniciada en ese año supone la desaparición de la especificidad bretona, la inclusión del antiguo ducado autónomo en un conjunto estatal uniforme en todos los aspectos. Los principios igualitarios y republicanos de la revolución imponían la abolición de todo tipo de privilegios individuales o colectivos, así como la homogeneización política, administrativa y cultural de toda la patria francesa. Los efectos de ese proceso de irremisible integración de Bretaña en la Francia uniforme, iniciado en 1789, se hicieron notar a lo largo del siglo XIX, y contó, si no con una adhesión efusiva, sí al menos con la aquiescencia de la mayor parte de la población bretona.

Pero en ciertos sectores sociales minoritarios la disolución de la especificidad del territorio fue vivida como una tragedia que debía evitarse, y de ese sentimiento nació el *Emsav* o “movimiento bretón”. A lo largo del siglo XIX este movimiento se había ido fraguando en círculos intelectuales de tendencia conservadora o tradicionalista. A medida que la sociedad bretona se integraba política, económica y culturalmente en el conjunto francés, los miembros de las clases acomodadas, de la aristocracia y del clero, fueron elaborando un discurso nostálgico y en buena medida reaccionario. Estos primeros regionalistas relacionaron la idea de una Bretaña autónoma, distinta y particular en sus costumbres y en su lengua, con la preservación de la vieja sociedad, al tiempo que vieron en homogeneización de toda Francia el síntoma de la descristianización, de la impiedad y de la disolución de los antiguos lazos comunitarios.

Este regionalismo, que en ningún momento proponía la separación total de Bretaña con respecto de Francia, se fue radicalizando en los años veinte y treinta

del siglo xx, hasta caer en un verdadero extravío político, apoyando la incursión de la Alemania fascista en Francia, en espera de que la derrota francesa abriera a Bretaña las puertas de la independencia. ¿Cómo el *Emsav*, o movimiento bretón, pudo evolucionar en sólo unos años desde un tímido regionalismo hasta un virulento independentismo? ¿Por qué incurrieron los nacionalistas en la arriesgada apuesta de respaldar a los alemanes, que en caso de fracasar (como así ocurrió en 1945) les llevaría a sufrir el más duro de los descréditos? El tratamiento del asunto exige la apertura que nos centremos en dos aspectos: cuál era la percepción que los poderes alemanes tenían sobre la cuestión bretona y cuál fue la evolución ideológica experimentada por el nacionalismo bretón para hacer su apuesta colaboracionista desde 1939.

Alemania y la cuestión bretona

La fe en la existencia de una nación bretona y en legitimidad de su lucha contra un Estado francés que conculca sus derechos; la desgracia de un pueblo bretón anestesiado y sordo ante los imperativos de la emancipación nacional; las ecuaciones maniqueas que vuelven incompatibles a las civilizaciones bretona (céltica, nórdica) y francesa (corrompida y “judaizante”), etcétera, constituyen el caldo de cultivo ideológico que explica, en buena medida, la razón por la que, en 1939, el nacionalismo bretón se alía con el nacionalsocialismo alemán. Siguiendo el principio de los *sinn feiners* irlandeses (*England's difficulty is Ireland's opportunity*), los líderes del *Emsav* pactan con el *Reich*, confiando en que la aniquilación de la República francesa abriría las puertas a la creación de un Estado bretón soberano.

Tanto para emitir un juicio sobre las motivaciones últimas que llevaron al *Emsav* a colaborar con los nazis, como para elucidar el porqué de la benevolencia mostrada por éstos hacia los secesionistas bretones, hay que hablar de táctica y de convicción. Pues es obvio que desde 1919 una aleación de maquiavelismo y sinceridad alimentó la política exterior alemana. En el contexto de entreguerras, Alemania acumula rencores y traza planes contra los vencedores del 18. La idea de que era preciso alentar diversos irredentismos nacionalistas en Europa que, dentro de sus posibilidades, fueran capaces de debilitar a los Estados enemigos, y que en un futuro de guerra se aliasen al *Reich*, es concomitante con la sentida interiorización realizada en ciertos sectores nazis de una concepción herderiana de las naciones que apelaba a la insurrección de los pueblos nórdicos oprimidos por regímenes parlamentarios y bastardos, de tradición latina. Existe pues una sintonía ideológica entre nazismo y nacionalismo bretón, pero la atracción intelectual se complementa, en los cálculos alemanes, con la utilidad del eventual quintacolumnismo que podría ejercer el *Emsav* en una hipotética Francia ocupada. Virtualidad que los alemanes explotarán bien, canalizando a su favor los bríos del nacionalismo bretón, el cual, en su ceguera, se permitiría caer en la trampa de la vaporosa promesa secesionista que se le ofrecía.

Ya sea por convicción o por cálculo, es un hecho que la Alemania de entreguerras se preocupó por estimular diversos nacionalismos sin estado en Europa.

Por ejemplo, el Congreso Europeo de las Nacionalidades, que se celebraba cada año en Ginebra, y que reunía a representantes de los más diversos irredentismos, si bien el peso de las minorías germanófonas en dicho tipo de reuniones era abrumador. En ese contexto han de ubicarse los contactos entre alemanes y los nacionalistas bretones. Prosélitos de la causa pangermanista están presentes en actos organizados por el *Emsav*. Asimismo, es evidente la existencia de un interés entre científico, académico y político por el estudio de orígenes raciales de pueblos europeos, y por la profundización en las raíces de etnias nórdicas, que se plasmó en iniciativas como la Sociedad Alemana de Estudios Célticos, bien enlazada con el servicio de información de las SS, y detrás de la cual se hombres destinados a ejercer de cabeza de puente entre Berlín y Bretaña: Werner Best –uno de los padres de la Gestapo– y celtólogos de renombre como el profesor Leo Weisgerber. Aún más fuertemente influido por la extrema derecha alemana, el nacionalismo alsaciano de los años treinta también se procura contactos con el *Emsav*, que hoy son bien conocidos (Fouéré, 2005: 190)

En todo el complejo que el *Reich* puso en funcionamiento para contactar con minorías nacionales, la *Abwehr* tuvo un lugar preferencia. Se trataba de un servicio de contraespionaje que contaba con agentes destacados en Francia y en Bretaña. La *Abwehr II* se había especializado desde finales de los treinta en el sabotaje y en la agitación de minorías étnicas extranjeras, y prestó a las organizaciones del *Emsav* apoyo financiero y material, que comportaba entrega de armamento, imprentas o formación.

Hasta el estallido de la invasión alemana de Francia, no había duda, por lo tanto en las filas alemanas, del interés que revestía el acercamiento a las minorías nacionales, en particular a la bretona. En los meses precedentes a la guerra los dos cabecillas del movimiento bretón, Olier Mordrel y François Debauvais son acogidos en Berlín con todo tipo de atenciones, desde donde planifican la instauración de una república bretona independiente bajo tutela alemana (Debauvais, 1974: 77). Pero estalla la guerra, y ésta impone a los alemanes unos ritmos y prioridades que postergan la cuestión de las nacionalidades a un plano secundario. Una vez Francia vive bajo control alemán, táctica y convicción comienzan a aconsejar caminos divergentes, de modo que la aparente firmeza inicial del pacto germano con los nacionalistas bretones se diluye. Por un lado, el ejército y buena parte de los cuadros políticos alemanes reculan en relación al proyecto de respaldo al independentismo bretón. El poderoso Heinrich Himmler exige que se fuera poniendo fin a las actividades militantes del *Emsav*, y un decreto del ministro alemán de exteriores, Von Ribbentrop, iba en el mismo sentido (Boissou, 2002: 327). El apoyo expreso de los tiempos que precedieron a la invasión no tenía que desaparecer por completo, pero al menos sí ser replanteado y canalizado de otro modo.

Mas por otro lado, determinadas individualidades influyentes en las esferas políticas y académicas, insisten en reforzar aún más las políticas de amparo a los nacionalistas bretones. El propio Himmler, antes de retroceder en su incitación del secesionismo bretón, había promovido la creación en 1935 de la *SS-Anherbe*,

una institución cultural consagrada al estudio de la historia, la arqueología y la cultura de los pueblos nórdicos. Miembros de su sección de celtología llegaron a realizar viajes de estudio a Bretaña en 1940, en los que naturalmente contactaron con dirigentes de las diferentes ramas del *Emsav*. En el centro de este complejo dispositivo intelectual, editorial y político se situaban las iniciativas de dos personajes fundamentales, los ya citados Werner Best y el profesor Leo Weisberger. El primero inspiró no pocas memorias favorables a la constitución de un Estado bretón, en las que apelaba al carácter nórdico de la raza bretona, y a los beneficios estratégicos objetivos que reportaría a la Gran Alemania la existencia de una Bretaña soberana erigida en “centinela de la fachada Atlántica” del proyecto hitleriano (Cadiou, 2006: 111). La colaboración de Best y Weisberger se tradujo en no pocas acciones en el campo cultural, como la censura del puesto de Radio-Rennes y la organización de emisiones en lengua bretona, dirigidas por algunas de las más acreditadas personalidades del independentismo. Igualmente, el Instituto Céltico de Bretaña se fundó en 1941 a iniciativa de los alemanes, si bien fue de nuevo a los patrones del *Emsav* a quienes se cedió su gestión.

Los nazis desplegaron en suma una política confusa y serpenteante en relación al separatismo bretón. El sólido respaldo prestado en los años treinta se diluyó en vagas promesas tras 1940, pero fue evidente que también tras esa fecha a las autoridades germanas les interesó la supervivencia del *Emsav*. Se diría que las dos actitudes descritas –el recelo de los militares y el ánimo de los intelectuales– obedecieran en su conjunto al deseo de mantener vivo el fuego del independentismo, por si llegado el caso su ayuda se revelase necesaria, aunque al mismo tiempo se le impidiera culminar sus aspiraciones. Difícil es por otra parte aventurar cuál de las dos líneas hubiera acabado imponiéndose de haberse prolongado la vida del *Reich*, pues el desarrollo que conoció la guerra y el arrinconamiento del Eje relegaron al olvido la cuestión bretona, cuando toda la aspiración alemana fue la de sobrevivir y huir.

El *Emsav*, del regionalismo al nacionalismo

En los años inmediatamente anteriores a la Gran Guerra, una serie de circunstancias contribuyeron a que una nueva generación de bretonistas decida abrir una nueva vía, inexplorada hasta el momento, dentro de lo que se había conocido como el *Emsav*. El deseo de relanzar la lucha bretona y de relegar a un regionalismo que, acantonado bajo las siglas de URB (*Union Régionaliste Bretonne*) se empezaba mostrar caduco e inoperante, impulsa la fundación en 1911 del *Parti National Breton* (PNB), primer partido verdaderamente nacionalista. El PNB muestra rápidamente sus cartas a través de su periódico, *Breiz Dishual*: rechazo de una Francia corrupta y opresora; pretensión de desmarcarse del juego político propio de la época, dominado aún en parte por la rivalidad entre el republicanismismo y el monarquismo; y un elitismo nunca disimulado, que sería en lo sucesivo una constante de todas las ramas del nacionalismo bretón. No en vano, los primeros nacionalistas, sabedores de su debilidad numérica y de los recelos que su causa generaba en medios burgueses, aristocráticos o clericales, se dieron por

misión el capitanear un despertar colectivo y dirigir un proceso de construcción nacional al margen del pueblo, llegado el caso.

Efectivamente el idealismo iba a ser el atributo que mejor casaría con esta nueva corriente. Idealismo por su obcecada ceguera, su inconsciencia ante la situación real de Bretaña y su autoconvencimiento de la posibilidad de generar un movimiento de masas en torno a la idea nacional bretona. E idealista también porque se proponía emanciparse de los sectores de notables regionales que hasta entonces habían patroneado todo esbozo de acción política moderna en Bretaña. Esencialismo e historicismo sostienen, por otra parte, la idea de la nacionalidad bretona. Por los manifiestos del PNB y las páginas de *Breiz Dishual* menudean los ecos etnicistas y maurrasianos inspirados por la producción intelectual del regionalismo romántico, las referencias al necesario culto al pasado y a los héroes, la obsesión por una lengua, la bretona, que se pierde dramáticamente, así como una irreprimible fascinación por los irredentismos de otras nacionalidades sin Estado que, como en el caso irlandés, se apuntan victorias parciales de cada vez mayor trascendencia en sus respectivas luchas secesionistas. Este efímero PNB desaparecería con el advenimiento de la Guerra del 14, pero esta nueva línea del *Emsav* permanecería tras ella.

Hacia la ideología fascista

El relevo del PNB es tomado por la Union de la Jeunesse de Bretagne (UJB), que habrá de actuar en un contexto si cabe menos propicio que el que acompañó la breve existencia de su predecesor: en una Bretaña literalmente destrozada tras la *Grande Guerre*, la República francesa se encuentra más legitimada que nunca para culminar su tarea de construcción nacional. Igualmente, la fuerza de la imagen del Estado se ha agigantado ante la población bretona, del mismo modo que la implicación de ésta en una guerra al lado del resto de los franceses contra un siempre amenazante enemigo exterior ha reforzado, precipitado e incluso completado el proceso de integración trabajosamente iniciado en 1789. En este duro contexto la UJB funda el emblemático periódico *Breiz Atao*, que declara la necesidad del despertar de Bretaña, del desarrollo de un sentimiento nacional, del renacimiento de la civilización céltica y del retorno de una vida nacional autónoma. Consciente de su posición de debilidad, la UJB se afana en conquistar a sectores influyentes en el campo económico y la intelectualidad, unas élites a su juicio adormecidas y vendidas, consciente o inconscientemente, a Francia. Iniciativa condenada al fracaso, pues acaso presas del voluntarismo, los nuevos nacionalistas ignoraba una de las constantes históricas en Bretaña: las clases dirigentes a las que pretendían seducir jamás abrazaron una causa bretona que no fuera asociada a la defensa de sus intereses.

El fracaso de muchas iniciativas moderadas más cercanas al regionalismo que al nacionalismo, los relativos éxitos de otros movimientos irredentistas como el autonomismo alsaciano, y la incapacidad para atraerse a la burguesía y el consiguiente arrinconamiento del movimiento como grupúsculo en el tablero po-

lítico de Bretaña, empujan al *Emsav* a una radicalización programática, a una huida hacia delante alimentada por un cierto maltidismo político. De ahí vendrá la obsesión por separarse de las tradicionales tuteladas de la sociedad bretona, de la iglesia católica (profundizando en un neopaganismo de inspiración celta que le acercará a las veleidades ocultistas del nazismo), y toda una serie de lugares discursivos que se repiten hasta la saciedad: Bretaña es una víctima del exterior, de una economía que le explota y de una centralización que la asfixia.

Tales son los ingredientes que componen el coctel ideológico del nacionalismo bretón hasta 1945. Variarán las proporciones en que unos y otros estén presentes, como igualmente podrán cambiar las siglas, los acentos, las circunstancias externas. Pero las tendencias internas que osan alterar sustancialmente su composición –eventuales giros a la izquierda política, rechazo de creciente tono antisemita de *Breiz Atao*– se ven abocadas a la extinción o la marginalidad. En 1927, la UJB se convierte en un partido político, el Parti Autonomiste Breton (PAB). No tardarán en emerger dos corrientes en él: una federalista, que reclamaba la existencia de una nación bretona y su derecho a disponer de sí misma en el marco de una estructura federal francesa y europea de las nacionalidades, y otra puramente nacionalista, defensora de una línea intransigente que veía en la posible obtención de una autonomía sólo el paso previo para la irrenunciable conquista de la independencia. Mientras que los planteamientos de la familia “federalista” alcanzan eco en algunas de las reclamaciones y consecuciones del *Emsav* mucho después de la 1945, será la segunda línea, más abiertamente escorada a la derecha política, la que deje su impronta en el movimiento bretón antes y durante la Segunda Guerra Mundial.

Minado por las rivalidades personales, los fracasos electorales y las divergencias estratégicas, el PAB se acaba descomponiendo. El sector más duro consume lo que era una preanunciada huida de la realidad, pues de la fría acogida de la población bretona hacia el autonomismo sacará una conclusión errónea. Lejos de percibirla como el fruto de la impotencia del partido para arraigar entre el pueblo, o como la alarma que invitaba a cambiar la pedagogía política, el PNB la entenderá como el pretexto para ratificar su concepción de la élite. Tras la disolución oficial del PAB en 1931, sus dos alas generan sendas organizaciones de distinta naturaleza: los moderados crean, en 1931, una Ligue Fédéraliste de Bretagne (LFB), plataforma cuya efímera vida no pasará del año 1935, mientras que su flanco derecho constituye el Parti National Breton (PNB), segundo en la historia con este nombre. Liderado por Debauvais y Mordrel, el nuevo PNB culminará el camino de radicalización iniciado por los pioneros de *Breiz Dishual*, constituyendo el faro del *Emsav* hasta el final de la guerra, convirtiéndose en el sol de toda una constelación de organizaciones que comprenderá desde agrupaciones de *scoutismo* juvenil hasta milicias armadas, pasando por instituciones culturales, cenáculos de artistas plásticos o bandas clandestinas vinculadas a la “acción directa”.

Recayendo en lo que parecía ser natural inclinación del movimiento bretón, y en contra de lo que la lógica política hubiera hecho más aconsejable, el PNB

acentúa el radicalismo de su discurso a medida que tomaba conciencia de grupo político casi marginal carente de un respaldo sólido en el seno de la sociedad a la que apelaba (Deniel, 1976: 321).¹ La acusada incapacidad del nacionalismo bretón para encontrar un apoyo en la opinión pública no es un asunto baladí. Es rechazado por la élite cercana al poder económico y político, mas tampoco es capaz de seducir al campesinado, grupo que por mantenerse impregnado de una bretonidad aún muy presente, sí hubiera podido mostrarse receptivo ante el discurso nacionalista. Pero dos factores imposibilitaron tal acercamiento: el sometimiento paternalista ejercido por parte de los notables sobre las poblaciones campesinas, lo que hacía de éstas un grupo condenado a la marginalidad política; y por otra parte, el insalvable desfase existente entre el universo referencial del campesinado bretón y el elitismo intelectual del que se preciaban los propios militantes nacionalistas, salidos en su mayoría de la pequeña burguesía urbana. Resulta ocioso decir que el convulso proletariado urbano se mantiene lejos de la oferta del PNB y sus terminales. Y el clero, fuerza tutelar de la Bretaña tradicional que tiempo atrás no ocultó sus afinidades con el primer regionalismo tradicionalista, se mantendrá, sin embargo, al margen del *Emsav*, una vez éste se decantó por ropajes más o menos independentistas y por los lenguajes neopaganos propios de la extrema derecha europea de entreguerras. Sólo un recalcitrante sector del bajo clero seguirá la vía diseñada por los jóvenes conocidos popularmente como *breiz atao*.

Elitismo, antisocialismo, antiparlamentarismo y antisemitismo irán aflorando con cada vez menos ambages en los discursos de los líderes, manifiestos políticos y en las columnas de los órganos de prensa nacionalista. A través de éstos se difunde la idea de la necesidad de dotar a la nación bretona de un reconocimiento en forma de Estado. Paralelamente, un grupo hasta entonces desconocido, el *Gwenn-ha-du* (“blanco y negro”, colores de la bandera bretona), inicia una cadena de atentados con bomba contra símbolos de la República, desde edificios de prefecturas hasta vías férreas, pasando por la representativa estatua ubicada en el ayuntamiento de Rennes que conmemoraba la unión, en 1532, del Ducado de Bretaña al Reino de Francia. Las plumas de la prensa nacionalista bretona quedarán lejos de condenar dichas acciones. Hecho en absoluto extraño si se tiene en cuenta que la organización autora de las mismas estaba dirigida por Céléstin Lainé, hombre que a partir de 1935 impulsaría la creación del grupo paramilitar *Kadervenn* reclutando hombres del propio PNB. La naturaleza endogámica del complejo que tenía a dicho partido en su epicentro estaba clara, más aún cuando todas las organizaciones de la constelación nacionalista se dotaron de un órgano coordinador, el *Kuzul Meur*, Gran Consejo.

La resonancia mediática que lograría la serie de atentados del *Gwenn-ha-du*, la relativa efervescencia alcanzada por los irredentismos nacionales en diversos rincones europeos, o el descarado deslizamiento hacia el fascismo de partidos conservadores cada vez más descreídos del parlamentarismo, envalecentaron a un

¹ No se conocen cifras exactas de militancia nacionalista, pero todos los autores coinciden en destacar el escaso número de afiliados de PAB y PNB, que en el mejor de los casos no superarían unos tres mil en su mejor momento.

PNB que acabará creyéndose su propia quimera, y que, olvidando su carácter grupuscular, empieza a ver factible su sueño de secesión. Por si fuera poco, se ha señalado en ocasiones que el desdén mostrado por el Estado francés con respecto a las reivindicaciones del movimiento bretón contribuyó a que éste se reafirmase en sus argumentos maximalistas. Si había que efectuar una elección entre las propuestas existentes en el mercado político del momento, la oferta alemana de una nación asentada sobre presupuestos organicistas y cristalizada en un estado antiparlamentario cuadraba infinitamente mejor con las concepciones del PNB que el modelo centralista republicano, orgulloso de la herencia de 1789. Los hechos que se precipitan uno tras otro hasta el estallido de la guerra demuestran este extremo: el diseño por parte del líder bretón, Olier Mordrel, de un programa de actuación del *Emsav*, titulado SAGA (siglas bretonas de Partido de los Celtas Emancipados), cuyos puntos eran similares a los del partido nacionalsocialista alemán (*Breiz Atao*, núm. 170, 12/3/1933); la asunción realizada por el PNB en 1938 de una postura resueltamente opuesta a la alianza entre potencias democráticas contra el nazismo a raíz de la invasión germana de los Sudetes; la ayuda logística proporcionada por el *Reich* a las organizaciones periféricas del PNB (Alemania empieza a surtir de armas a partir de agosto de 1939 a la organización paramilitar *Kadevernn*), y, por supuesto, la coloración inequívocamente fascista que, a finales de los años treinta, adquieren los editoriales de *Breiz Atao*.

En la antesala del conflicto, el grueso del movimiento bretón se haya al final de un camino, el de la fascistización, y ante una apuesta, la de la colaboración con el ocupante alemán. Ninguna de las diversas tendencias existentes en la historiografía sobre el período niega esta realidad. El autonomista Michel Nicolas admite que “hay que decir en honor a la verdad que la casi totalidad del movimiento bretón políticamente organizado colaboró de una manera u otra durante la guerra” (Nicolas, 1982: 102) o, con más indulgencia, otros análisis actuales de autores cercanos al regionalismo bretón no pueden dejar de reconocer que “una parte de los nacionalistas bretones o bien colaboró con los nazis o bien mantuvo compromisos con Vichy” (Le Coadic, 2002: 19). Ciertamente, algún sector del movimiento bretón como *Ar Falz* (plataforma progresista en favor de la enseñanza de la lengua bretona) quedó en un prudente silencio durante la etapa bélica, pero dicha actitud caracterizó bien a individualidades más o menos dispersas carentes de militancia clara, o a agrupaciones ajenas a la acción verdaderamente política y preferentemente vinculadas a la acción “cultural”.

Con el horizonte inmediato de una guerra contra Alemania, el gobierno francés pone radical freno a las actividades de los movimientos nacionalistas que pululan en su seno, en los que ve auténticos quintacolumnistas del *Reich*. Militantes bretones son detenidos y condenados a penas de prisión, el PNB es proscrito, y sus dos cabecillas –Mordrel y Debauvais– huyen de sus condenas a muerte y se refugian en Berlín, de donde sólo volverán en 1940, ya para acompañar la entrada triunfal de las tropas alemanas.

Dos son los canales por los que discurrirá la colaboración del movimiento bretón con la situación que generó la invasión alemana: una parte del *Emsav*, con el PNB a la cabeza, no podía, habida cuenta de su trayectoria ideológica, sino cooperar directa y activamente con el invasor nazi, y así lo hizo. Y otro sector del movimiento bretón, más moderado, se declarará afín al régimen de Vichy. Si los primeros ven en la “Europa nueva” concebida por Hitler la perspectiva de crear un Estado bretón resultante del desmembramiento de Francia, los segundos se acomodan a las iniciativas de Pétain, que integra el provincialismo en su credo más o menos reaccionario. Sea como fuere, ha de interpretarse que ambas actitudes –la nacionalsocialista y la vichysta– estaban animadas en proporciones similares por razones de táctica y de convicción. Examinemos este punto con más detenimiento.

Las simpatías hacia Hitler

No es necesario insistir sobre las razones ideológicas que explican el respaldo que la familia “dura” del *Emsav* concedió hacia el invasor nazi. Es obvia la existencia de cosmovisiones análogas en ambas corrientes. La fe en la existencia de una nación Bretona –percibida como un ente eterno y nunca como un hecho contingente– cuyos derechos son conculcados por un parlamentarismo –el francés– opresor e infame; la misión sagrada de hacer despertar en el seno del pueblo por la fuerza si fuera necesario una conciencia nacional adormecida, y el doble rechazo hacia la contaminación de que es objeto Bretaña (la polución ideológica derivada del socialismo y la masonería, y la corrupción racial generada por la presencia de judíos y franceses, especialmente mediterráneos, en suelo bretón) explican por sí solos las concomitancias del PNB con la ideología hitleriana. Pero hay también tacticismo en la actitud de esta línea radical del *Emsav*. Desde los años treinta, en el horizonte de las tensas relaciones francoalemanas sólo se dibuja la posibilidad de una guerra. Y desde 1940, las primeras victorias del Reich hacen muy probable una definitiva victoria germana. La derrota de Francia se antoja providencial a los ojos de los nacionalistas bretones. Lo que nunca podrían haber obtenido de una acción política clásica, podrían conquistarlo gracias a las políticas de los vencedores.

Para la fecha de la invasión alemana, los líderes bretones ya habían recorrido los ministerios berlineses, y habían obtenido de éstos la vaga promesa de que Alemania podría contribuir a la creación de un estado bretón soberano bajo la tutela nazi, una vez la dominación alemana sobre Francia estuviera consolidada. Y para certificar su intención de colaborar con el *Emsav*, los alemanes llegan a liberar a varias centenas de presos bretones, en los que los líderes nacionalistas veían, con más voluntarismo que realismo, a los artesanos de su futuro estado. Pero la realidad se impone con todo su peso, y ningún proyecto de independencia llegaría a materializarse. La disposición mostrada por Pétain se a colaborar con las autoridades alemanas, confirmada tras su entrevista con Hitler en Montoire el 24 de octubre de 1940, tumbaba toda posibilidad de que el *Reich*

se arriesgase a inquietar al domesticado régimen del Mariscal alentando un independentismo regional.

Pero el PNB, nuevo presa del idealismo, reservará de un espacio para la esperanza de un futuro de independencia, indefectiblemente unido a la supremacía nazi sobre Europa. Así lo demuestra el tono tanto la actividad de dicho partido hasta 1940 como la línea editorial de sus medios de prensa (sobre todo *L'heure bretonne* entre julio de 1940 y julio de 1944). Las autoridades alemanas rechazan el dar luz verde al independentismo abierto de ciertos elementos del PNB, pero se aprovecharán de él jugando hábilmente con sus aspiraciones, dejando siempre las puertas abiertas a sus actividades, mostrando absoluta tolerancia a todo tipo de iniciativas, y alentándole, en suma, en la prosecución de sus acciones.

Sólo así se puede entender que el PNB y sus tentáculos disfruten de una más que cómoda existencia. Al quehacer político y propagandístico del partido y su periódico hay que sumar la profusa acción en el campo cultural y una al menos ruidosa actividad paramilitar. Con un gusto muy marcado por los desfiles y por la parafernalia fascizante, los *Bagadoù Stourm* de Yann Goulet desempeñan el papel de servicio de orden del partido. Paralelamente, Celestin Lainé, que ya desde la época de entreguerras había mostrado sus destrezas en el manejo de armas, hombres y explosivos, y que había fundado en los años treinta la organización clandestina *Gwenn-ha-du* y el grupo armado *Kadevernn*, impulsa una tropa nacionalista denominada *Bezen Cadoual* que queda integrada en el grupo de contraespionaje interno de las SS en 1943. La intercepción de paracaidistas destinados a ayudar a la Resistencia, los ataques contra los maquis, la extorsión y la delación de población civil serán los cometidos de estos reducidos grupos de invariable ideología aunque de sucesivos denominaciones. La última de sus etiquetas fue la de *Bezen Perrot*, en honor al párroco de Scignac Jean-Marie Perrot, significado simpatizante bretón abatido por milicias comunistas en 1943. El indisimulado compromiso con los alemanes entrañaba efectivamente el pago de un lógico impuesto de sangre en la virulenta etapa de la ocupación. Los militantes bretones se convertirán en diana de ataques de la Resistencia, y viceversa.

Combates armados aparte, la lucha cultural es acometida por las revistas *Stur* y *Nemeton*. Aunque entendidas prioritariamente como espacios para la difusión de la cultura bretona, sus páginas son en la mayoría de los casos plataformas para la propagación del ideario nacionalsocialista. El editorial de *Stur*, en su primer número de mayo de 1942, avisa a la población bretona de que “una victoria de las democracias judeo-anglo-sajonas nos devolvería en unas pocas semanas a la descomposición avanzada, por la demagogia universal, la mezcla de razas, la talmudización de la vida intelectual y el erotismo frenético del tipo negro-americano, sin hablar de un retorno al jacobinismo exacerbado...”. Y efectivamente la filosofía nordista, pancéltica, se abre paso en todos sus números: “Hemos de cultivar el espíritu heroico del celtismo, mirando por la mañana a Irlanda. Y hemos de cultivar las virtudes germánicas de perseverancia y disciplina, mirando por la noche a Prusia.” (*Stur*, núm. 9, 1/4/1937). Igual ocurre en ocultista *Nemeton*: “Ante nosotros Europa se rehace esta vez no ya a las orillas del viejo Mediterrá-

neo, sino alrededor de los pueblos del norte. El mundo nuevo deberá por tanto mucho al espíritu nórdico. Dos milenios de judaización se acaban”(*Nemeton*, núm. 1, 1942). El trecho que media entre tal posicionamiento germanófilo y el antisemitismo rabioso es mínimo: “Todos los estados autoritarios de Europa han debido adoptar una legislación de excepción contra los judíos. En Alemania, estas legislación esta fundada por una parte sobre los principios de etnogenesia, y por otra parte, debido al papel económico puramente parasitario que desempeña el israelita”(*Nemeton*, núm. 5, 1943).

Gozando de la benevolencia de Hitler y de Pétain, el PNB y sus tentáculos desarrollaron un discurso particularmente complaciente con el primero, mientras que de la búsqueda de pactos con el segundo se había de ocupar la otra rama del *Emsav*.

Simpatías hacia Pétain

El régimen del Mariscal, que materializará las pulsiones más conservadoras de la sociedad francesa en materia económica, social, cultural y política, se presentaba como un proyecto atractivo a los ojos de ciertos sectores del movimiento bretón. Interés particularmente en las esferas que habían venido nutriendo, desde finales del siglo XIX, las filas regionalismo moderado, conformadas por cierta aristocracia rural y cierta burguesía de los negocios. Sectores que en no pocas ocasiones habían flirtado con una ideología provincialista o participado claramente de ella, muy acorde con la preocupación de la preservación del equilibrio social tradicional, con los valores tradicionales del trabajo, de la tierra, de la armonía social, de la familia e incluso la pequeña patria, la provincia. El regionalismo buscará una particular integración de Bretaña en la estructura general del Estado, pero no un separatismo que percibe como inaplicable e incluso temible. En toda esta veta ha de ser encuadrado tanto el bretonismo aristocratizante y rezagado deudor de la URB, fundada a fines del siglo XIX como el provincialismo de que hacía gala una cierta burguesía atraída igualmente por el ideal petainista de defensa de la pequeña empresa.

Las iniciativas de este regionalismo bretón se centraron en reivindicaciones políticas más bien tímidas, así como en acciones periodísticas, editoriales y culturales que, por el contrario, sí gozaron de cierto alcance. Dentro del primer campo, hay que recordar los dos plácet sucesivos que en noviembre y diciembre de 1940 destacados miembros de la sociedad bretona dirigen al mariscal Pétain, en que solicitan entre otras medidas, el respeto a la integralidad histórica de Bretaña en las futuras parcelaciones administrativas del territorio francés (esto es, que el departamento de Loira-Inferior no quedase fuera de una futurible región de Bretaña), y que la lengua bretona fuese enseñada en las escuelas públicas del oeste de la región. Luego de garantizar, obviamente, la fidelidad del regionalismo bretón a la “revolución nacional” que aquél había emprendido, y en asegurar que el horizonte estratégico de esta línea bretonista no ponía en cuestión la integridad territorial francesa.

Como ocurría con la actitud de la rama más intransigente del nacionalismo bretón, la actuación de la línea vichysta del movimiento puede ser también entendida como el derivado de una amalgama de convicciones sentidas y de estrategias impuestas por el desarrollo de los acontecimientos. Quizá el personaje cuya actividad ilustraba mejor esa mezcla de íntimo sentimiento nacionalista y de prudencia política es Yann Fouéré. Vicepresidente de la URB durante la guerra, está persuadido de que todos los éxitos de la causa bretona no pueden ser sino concesión de Vichy, y fruto a su vez de una previa labor de proselitismo entre los notables regionales. Figura descollante del nacionalismo bretón moderado, funda en 1941 la asociación *Ar Brezoneg Er Skol*, destinada a reivindicar el uso del bretón en las escuelas públicas, y lanza un periódico, *La Bretagne*, que combina el regionalismo con un discurso conservador muy complaciente con Vichy. El entusiasmo ante la posibilidad de una autonomía para Bretaña, el denuesto de la Francia “de los politicastros”, que “ha de extraer lecciones de su derrota” (*La Bretagne*, núm. 1, 21/3/1941), la exaltación del campesino frente al urbanita (*La Bretagne*, núm. 146, 8/9/1941), el encomio adulador del carisma de Pétain y la disuasión de proseguir la guerra contra el invasor alemán (*La Bretagne*, núm. 1, 21/3/1941) constituyen las señas de identidad de este vector del *Emsav*.

Fouéré también anima la constitución de un Comité Consultatif de Bretagne, concebido como el embrión de una futura región bretona autónoma, y que de hecho funcionó como una suerte de *lobby* de notables regionalistas que se dieron el objetivo de presionar al régimen para que llevase a efecto sus promesas provincialistas. Ciertamente, los éxitos del organismo estuvieron muy por debajo de las previsiones iniciales, pero es en dicha institución donde se halla el germen de toda la serie de proyectos descentralizadores que irán sucediéndose, tras la guerra, ya bajo la IV República.

Sea como fuere, el decir que las dos tendencias o corrientes colaboracionistas del movimiento bretón –la vichysta y la nazi– discurrían paralelas y eran independientes la una de la otra sería incurrir en un abuso del lenguaje. Las complicidades entre ambas eran abrumadoras, y no sólo porque estuvieran embarcadas en el mismo combate político y porque persiguieran objetivos en el fondo cercanos, sino porque también existía un alto componente de escenificación de la disensión entre ambas, que los propios militantes del movimiento habrían prefabricado entre bambalinas. Conscientes de la necesidad de repartirse el mercado de los respaldos populares, sabedores de que la férrea alianza con el poder hitleriano podría disuadir a potenciales apoyos de determinados sectores sociales, los cabecillas del movimiento dispusieron un reparto de roles. De modo que la lucha por la consecución de la benevolencia de Vichy emprendida por *La Bretagne* de Fouéré se simultaneaba con los ditirambos germanófilos de *L'heure Bretonne*, comandada por los “duros” del PNB. Lo que en la época era más o menos sospechoso ha sido *a posteriori* destapado por la investigación histórica o por las propias confesiones de los actores implicados. H. le Boterf –antiguo militante del PNB– confirma que “de hecho, todo esto no era más que un artificio de puesta

en escena, previsto por un común acuerdo entre Delaporte y Fouéré, para hacer pensar en una posible divergencia de tendencias que en realidad no existía”(Le Boterf, 1983: 124).

En cualquier caso, el mayor o menor éxito de estos complots palaciegos no interesa tanto como el hecho de que las dos posturas colaboracionistas albergaban idearios políticos en el fondo muy similares. Concepciones políticas de militantes del PNB podrían haber tenido cabida en los discursos de los vichystas, y a la inversa, muchos editoriales del “moderado” *La Bretagne* no hubieran desentonado en la portada de *L'heure bretonne*. Por si fuera poco, hay que recordar que el secreto *Kuzul meur* estaba detrás de todas las iniciativas –fuera cual fuera la línea que las emprendiese–, y que algunos de los más significativos logros del movimiento bretón durante la época se debieron a esfuerzos conjuntos de las dos líneas. El Institut Céltique de Bretagne ilustra bien este extremo. En él se encontraban sentados codo a codo miembros de las dos familias, así como algunas de las personalidades más descolantes del mundo nacionalista, que, aunque sin militancia conocida, no por ello carecían de credenciales independentistas y filonazis. El caso de Roparz Hemon es a este respecto paradigmático. Incansable dinamizador del mundo cultural bretón, fundó ya en 1925 el suplemento trimestral literario de *Breiz Atao, Gwalarn*, con el objetivo confeso de apuntalar una literatura bretona culta que trascendiera la literatura popular tan cara a los regionalistas del siglo XIX. Pero el sesgo ideológico del suplemento en cuestión no tardó en aparecer, presentándonos una Bretaña, amputada, explotada, afrancesada, que debía deshacerse de la presencia del vecino sobre su territorio nacional, y ello contando con el concurso de una “joven y sana generación que habría de reemplazar a la de los viejos regionalistas folclóricos, jóvenes como los antiguos celtas, que nunca se entendieron con los latinos degenerados”(Carney 2002: 688).

Hemon dirige a partir de julio de 1941 y a petición del alemán Weigerber un programa de radio Rennes-Bretagne, controlada por la *Propaganda-Staffel*. Igualmente, controla la revista cultural *Arvor* (1941-1944) en la exhibe sin recato el consabido combinado de antisemitismo y victimismo al gusto de la época: “Hemos sufrido durante numerosos siglos la vergüenza de la esclavitud, desde el tiempo en que las legiones romanas desembarcaban en la isla de Bretaña hasta el tiempo en que la vieja *Marianne* entregaba nuestro país a sus judíos” (*Arvor*, núm. 81, 26/7/1942). Preside, en fin, el ICB, en cuyo discurso inaugural el mismo Hemon declara: “El francés en el este del país debe desaparecer [...] Con respecto a este gobierno, no tenemos ningún reconocimiento. [...] Lo único que hace es pagarnos un poco de lo que se nos debe. Lo hace lentamente, no por amor, sino por miedo. Los franceses hoy tienen miedo de los bretones. Han sido aplastados por una guerra que ellos mismos han buscado, en su locura. Y ahora son débiles y se ven obligados a recular ante todo el mundo, ante nosotros también, como ante los otros pueblos” (*Arvor*, núm. 76, 21/6/1942).

Sesenta años después: la memoria de una época negra

Una de las consecuencias del mantenimiento por parte del *Emsav* de posturas favorables a Berlín o a Vichy fue la depuración, el descrédito y el ostracismo de muchos de sus miembros. Casi la totalidad del *Emsav* es considerado objetivamente como colaboracionista. La liberación trajo juicios formales que implicaron la aplicación de penas (condenas a muerte, los encarcelamientos, los trabajos forzados...). Asimismo, abundaron los ajustes de cuentas, las ejecuciones sumarias realizadas por la resistencia, las huidas y evasiones, y de absoluciones llevadas a efecto por las autoridades francesas mucho después de 1945. De modo que el movimiento bretón queda diezmado física y moralmente, mientras que el Estado francés y sus principios inspiradores (unidad nacional, entre otros) cobraron tras la guerra más legitimidad que nunca hasta entonces. Así, aparte de las condenas concretas y materiales, el colaboracionismo del *Emsav* acarreó otras consecuencias más duraderas e intangibles. La creación de una fatal aureola de etnicismo alrededor de toda reivindicación bretonista posterior y la colocación de una losa de oprobio sobre toda iniciativa regionalista desarrollada en los años subsiguientes a la guerra son hechos que están fuera de toda duda. Habrían de pasar decenios para que se fuese olvidando la rima entre *breiz atao* y *collabo*, si bien es cierto que la cuestión sigue, aún hoy, dando ruido en un país como Francia, donde las heridas de la segunda guerra mundial nunca parecen haber cicatrizado de manera definitiva.

Aunque se podría pensar que lo esencial del debate sobre los compromisos del movimiento bretón con las autoridades ocupantes en la guerra ya estaba zanjado, se ha asistido, en efecto, desde el final de los años noventa a un relanzamiento de las polémicas. Un libro de Ronan Calvez (Calvez, 2000) demuestra con toda claridad los compromisos nazis de Roparz Hemon, justo en la época en que un colegio de la red *Diwan* (escuelas asociativas que proporcionan toda la enseñanza en lengua bretona) es bautizado con su nombre para honrar su memoria, y justo cuando el actual Institut Culturel de Bretagne sufraga con fondos públicos un congreso hagiográfico sobre su figura que omite los aspectos más oscuros de su trayectoria. Por si fuera poco, la revista divulgativa *Armor Magazine* publica necrológicas debidamente edulcoradas de militantes bretones colaboracionistas que huyeron a Irlanda tras la Liberación. Y todo ello en el contexto de un relativamente agitado “debate regional” surgido a raíz de la pretensión del nacionalismo bretón, entre otros, de que el Estado francés firmase la Carta Europea de las Lenguas regionales. La vuelta de cierta rama nacionalista al activismo violento, y en concreto el atentado mortal de Québert de 2000 elevan la tensión y relanzan el debate. Y el asunto contiene todas las problemáticas ingredientes planteados por los usos políticos del pasado: reivindicación identitaria, simplificación mediática, confusionismo entre memoria e historia y disensiones sobre la posición del historiador ante las cuestiones debatidas.

Aún a riesgo de caer en el esquematismo, se puede sentar que las polémicas de memoria en torno a la actitud del *Emsav* en los años treinta y cuarenta han gene-

rado hoy dos tendencias opuestas: una que sataniza en bloque al movimiento bretón histórico para desacreditar con más facilidad al actual, y otra que se esfuerza bien en negar las molestas evidencias del pretérito, o bien que matiza fuertemente determinados hechos y compromisos pasados para acabar distorsionando la realidad, en su intención de lustrar la imagen de una historia que difícilmente tiene arreglo.² Y en medio de ambas tendencias, la mayor parte de la población, que se mueve entre la indiferencia, el desconocimiento y el deseo pasar página y olvidar.

Algunas observaciones sobre las dos posturas enfrentadas pueden ser expuestas para concluir el artículo. Casi setenta años después de la segunda guerra mundial, es el momento de destacar una serie de prácticas reprochables, que se desarrollan hoy en día tanto entre los opositores a toda expresión regionalista y nacionalista que ponga en entredicho la armadura centralista de la Francia actual, como entre los partidarios del movimiento bretón de hoy.

Con respecto a los sectores refugiados en la primera de las trincheras citadas, hay que subrayar el furioso celo que demuestran, acaso desmedido, en su afán por desacreditar toda pretensión de descentración política, cultural o lingüística en Francia. Sin entrar a valorar el grado de legitimidad, de la solidez argumental o de oportunidad de este discurso “jacobino” en la Francia de hoy, lo reprochable de su argumento seguramente sea el recurso a la memoria, el constante recordatorio de que movimientos como el bretón entroncan con un pasado de racismo y de colaboracionismo. Puede ser justo el hacer admitir al *Emsav* de hoy cuál es su pasado, por muy ominoso que éste resulte, pero es excesivo el negar toda legitimidad de sus propuestas o, peor aún, el atribuirles la vergonzante etiqueta del filofascismo, por unas derivas acaecidas hace siete décadas. Estamos por tanto ante el debate grave sobre la persistencia de las manchas del pretérito. ¿Hasta qué punto una generación merece cargar con el fardo ideológico de sus antecesoras? Es lícito pues llamar la atención sobre el hecho de que la memoria de la colaboración puede estar siendo arteramente utilizada contra un respetable movimiento político actual, máxime cuando la principal formación política del mismo desarrolla un discurso de centro-izquierda. ¿Puede llegar a convertirse esa memoria del pasado en una suerte de pecado original que inhabilita, décadas después, a todo tipo de iniciativas regionalistas, aunque éstas en absoluto flirtean con idea totalitaria alguna? ¿Hasta dónde debemos considerar que alcanza la sombra de un pasado aciago? ¿No se estará empleando la historia como un arma arrojada contra una generación actual que en su mayoría disiente o incluso reniega de lo cometido por la de sus padres o abuelos? Parece obvio, en suma, que hay una suspicacia particularmente desafortunada al juzgar al nacionalismo bretón de hoy, pues se recuerdan las implicaciones de los tiempos de la ocupación con la idea de asociarlas a toda reivindicación de dicho movimiento en la actualidad.

Ahora bien, muchas de las actuaciones que en los últimos años viene desarrollando cierta *intelligentsia* afecta al movimiento bretón no genera las me-

² Véase el manifiesto de los círculos autonomistas *Quant on veut tuer un chien, on l'accuse d'avoir la rage* como respuesta a las actividades del *Réseau Voltaire* de convicciones jacobinas.

jores condiciones como para que las críticas evocadas dejen de arreciar. Los intentos de estos sectores de aplicar un cierto negacionismo sobre algo tan evidente como la actitud colaboracionista de los líderes del movimiento bretón sólo contribuye a aumentar las tensiones. Y ello favorece además que etiquetas seguramente injustas o excesivas sean adjudicadas. En concreto, hay que recordar que la oleada de publicaciones (Treguer, 2004; Monnier, 2007) y conmemoraciones encaminadas a salvar la imagen de figuras bien identificadas como colaboracionistas ha sido lo que ha impulsado la creación de plataformas y asociaciones fuertemente opuestas al movimiento bretón, así como la publicación de textos (Morvan, 2002) que alertan ardientemente contra la “deriva identitaria de Bretaña”. Si el movimiento bretón actual pretende que se pase página y que sus enemigos abandonen el desafortunado regodeo en el pasado, debería él mismo replantearse algunos de sus comportamientos, como su intento de rehabilitar de figuras históricas de comportamiento reprochable o en la época de la segunda guerra mundial.

Se puede decir, en resumen, que este debate nos sitúa ante un juego de manipulación llevado a cabo por parte de los dos bandos: los partidarios del regionalismo o el nacionalismo bretón, que siguen empeñándose en blanquear un pasado que difícilmente se puede limpiar, y sus adversarios, que se obcecaban en ennegrecer el presente de todo movimiento regionalista, basándose en una más que dudosa ley del pecado original: argumentan que las culpas de los regionalistas y los nacionalistas de hace más de medio siglo nunca podrán ser purgadas, argumentan. Por lo demás, la vigencia de este debate aún en el siglo XXI pone de manifiesto que en Europa los rescoldos de las guerras mundiales están lejos de apagarse. NE

- BOISSOU, Lionel (2002). “L’Allemagne et le nationalisme breton”, en : Bougeard, Christian (dir.). *Bretagne et identités régionales pendant la Seconde Guerre Mondiale*. Université Bretagne Occidentale: Brest, pp. 321-336
- CADIOU, Georges (2006). *L’hermine et la croix gammée*. Apogée: Rennes.
- CALVEZ, Ronan (2000). *La radio en langue bretonne*. Presses Universitaires de Rennes : Rennes.
- CARNEY, Sébatien (2002). “Le mouvement breton dans l’entre-deux-guerres”, en : Monnier, Jean-Jacques y Cassard, Jean-Christophe (dirs.). *Toute l’histoire de Bretagne*. Skol Vreizh : Morlaix.
- DENIEL, Alain (1976). *Le mouvement breton*. Maspéro : Paris.
- DEVAUVAIS, Anna (1974). *Fransez Debauvais de Breiz Atao et les siens*. Youénou: Rennes.
- FAVEREAU, Francis (2005). *Bretagne contemporaine*. Skol Vreizh : Morlaix.
- FOUÉRÉ, Yann (1962). *La Bretagne écartelée*. Nouvelles Éditions Latines: Paris.
- LE BOTERF, Hervé (1983). *La Bretagne dans la guerre*, t. 2. France-Empire : Paris.
- LE COADIC, Ronan (2002). *Bretagne, le fruit défendu?*. Presses Universitaires de Rennes: Rennes.
- MONNIER, Jean-Jacques (2007). *Résistance et conscience bretonne*. Embanner : Fouesnant.
- MORVAN, Françoise (2002). *Le monde comme si*. Actes Sud: Paris.
- NICOLAS, Michel (1982). *Histoire du mouvement breton*. Syros: Paris.
- ___(2007). *Histoire de la revendication bretonne*. Coop Breizh: Kerangwenn.
- TRÉGUER, Michel (2004). *Aborigène occidental*. Fayard: Paris.